

«Venid a mí...» (Mt 11,28): llamada a la comunión con Dios

Pedro Mendoza Magallón, L.C.

Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

La llamada o invitación de Cristo en los evangelios suele ser introducida por el verbo de movimiento “venir” y similares (en el texto original griego: ἔρχομαι o su equivalente ἦκω o ἀκολουθέω y dos adverbios con significado equivalente al verbo venir, δεῦτε y δεῦρο). Este es un dato significativo. Ya en sí mismo el verbo “venir” expresa gráficamente el desplazamiento de un lugar a otro, en este caso del propio entorno para dirigirse al lugar donde se encuentra quien formula la invitación, Cristo.

En este artículo deseamos presentar un estudio de una veintena de pasajes sobre el verbo “venir” utilizado por parte de Cristo en los evangelios. Buscamos catalogar el uso del verbo en estos pasajes, colocándolos en su contexto, para captar lo que significan.

1. Invitación a seguirlo (ser su discípulo)

Mt 4,18-20 es un pasaje clave en donde aparece en los evangelios, por primera vez, el verbo “venir” con la función de indicar expresamente la llamada de Cristo a seguirlo. Cristo utiliza este verbo en la forma de imperativo, como exhortación: “venid conmigo...” (v.19: δεῦτε ὀπίσω μου). En el contexto de esta invitación o exhortación está el encuentro de Cristo con unos pescadores, Simón Pedro y Andrés. A ellos Cristo les pide introducirse mar adentro y los invita a lanzar las redes para la pesca. El jefe de ellos, Simón Pedro, renuente al inicio, termina por ejecutar la orden recibida. Como resultado acontece la pesca milagrosa. Y el desenlace de este encuentro es la llamada de Cristo a “venir” con Él (v.19: δεῦτε):

¹⁸ Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, ¹⁹ y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». ²⁰ Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron (Mt 4,18-20).

Mc 6,30-32 nos presenta otra invitación de Cristo: “venid” (v.31: δεῦτε). Después del primer llamado y de la positiva acogida del mismo, los discípulos forman una comunidad junto con Cristo. Comparten todo con Él: actividades, descanso, comidas, inquietudes y planes apostólicos, labores de predicación y curación. En esta ocasión la invitación va dirigida a los discípulos. Cristo los había enviado previamente a recorrer aldeas predicando la buena nueva y obrando todo tipo de bien a los enfermos y necesitados. Al volver, los discípulos se reúnen con Jesús y le cuentan cuanto habían hecho y enseñado. El Maestro quiere que lo acompañen y vayan con Él a un lugar apartado donde puedan descansar un poco de la fatiga del trabajo apostólico que han venido realizando. Cristo quiere que sus discípulos reciban el descanso merecido, antes de proseguir con el ritmo intenso de su labor apostólica.

³⁰ Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. ³¹ Él, entonces, les dice: «Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco». Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer ³² Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario (*Mc* 6,30-32).

2. Finalidad de su seguimiento

Los pasajes de *Jn* 5,39-40 (v.40: “no quieren venir” [οὐ θέλετε ἐλθεῖν]) y *Jn* 13,33.36 (v.33: “no pueden venir” [οὐ δύνασθε ἐλθεῖν]) nos discubren cuál es la finalidad de la “llamada” o “invitación” de Cristo. Su llamado es para que tengamos vida en Él. Pero su invitación respeta siempre la libertad del hombre. *Jn* 5,39-40 nos muestra cómo hay quienes no quieren acogerla, en este caso los “judíos”, y por lo mismo no pueden recibir el don de la “vida” en Cristo, esto es, la comunión plena con Él:

³⁹ Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí; ⁴⁰ y vosotros no queréis venir a mí para tener vida (*Jn* 5,39-40).

Por el contrario, a Pedro y a los demás discípulos que sí han acogido la llamada de Cristo, y que comparten con Él la última cena, Cristo asegura que lo acompañarán más tarde (cf. *Jn* 13,33.36). Por ahora no pueden seguirlo, pero sí lo harán más tarde, cuando el Señor los llamará a dar el mismo testimonio de fe hasta abrazar la muerte por permanecer fieles a Él:

³³ «Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir, os digo también ahora a vosotros». [...] ³⁶ Simón Pedro le

dice: «Señor, ¿a dónde vas?» Jesús le respondió: «Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde» (Jn 13,33.36).

3. Garantía de su seguimiento

La invitación de Cristo a acompañarlo y permanecer con Él fielmente está garantizada por el mismo Cristo, que ora por ello (“ruego por ellos”: Jn 17,9; “cuida”: 17,11; “que sean uno”: 17,21). La comunión con Cristo no es resultado del esfuerzo humano, aunque lo requiere, sino sobre todo de la voluntad de Cristo y de su gracia que la hacen propicia y duradera. Cuando Cristo se está yendo de este mundo, en su discurso de despedida de los discípulos en la última cena, intercede en oración para que permanezcan unidos a Él y entre sí siendo una sola cosa:

⁹ Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; [...] ¹¹ Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. [...] ²¹ para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17,9.11.21).

4. Requisitos o exigencias para su seguimiento

a) Primer requisito: recibir esta invitación a través del Padre

Para seguir a Cristo una primera condición es la de recibir esta invitación y esta viene a través del Padre: vendrán a Él, “aquellos que el Padre le ha dado” (cf. Jn 6,37-40) y “los que el Padre conduce a Él” (cf. Jn 6,44-47). Jesús afirma que todo lo que el Padre le da viene a Él (v.37: πρὸς ἐμὲ ἦξει) y Él no rechaza a quien viene a Él (v.37: τὸν ἐρχόμενον πρὸς με). Afirma a continuación que la razón de ser de su misión en la tierra es cumplir la voluntad del Padre y esta voluntad consiste en no perder a ninguno de los que le ha dado sino en darles la vida eterna con la resurrección (v.39). Vuelve a repetir que la voluntad del Padre es dar la vida eterna y resucitarlos el último día (v.40):

³⁷ Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; ³⁸ porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. ³⁹ Y esta es la voluntad del que me ha enviado; que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. ⁴⁰ Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día (Jn 6,37-40).

Quien experimenta y escucha la invitación a venir a Cristo es solo quien el Padre atrae hacia Él. Si no es así, dice Cristo: “nadie puede venir a mí” (v.44: οὐδείς δύναται ἔλθεῖν πρὸς με):

⁴⁴ Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae; y yo le resucitaré el último día. ⁴⁵ Está escrito en los profetas: «Serán todos enseñados por Dios». Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. ⁴⁶ No es que alguien haya visto al Padre; sino aquel que ha venido de Dios, ése ha visto al Padre. ⁴⁷ En verdad, en verdad os digo: el que cree, tiene vida eterna (Jn 6,44-47).

b) Segundo requisito: tener la disposición adecuada para recibir esta llamada o invitación

Si bien la llamada a entrar en comunión de vida con Cristo es un don que Él ofrece gratuitamente a quien quiere, al mismo tiempo para que se haga realidad son necesarios otros requisitos o exigencias. La parábola de Mt 22,2-14 muestra esa invitación a la comunión con Él con la imagen del banquete de bodas (v.4: “venid, pues, a la fiesta de la boda” [δεῦτε εἰς τοὺς γάμους]). Ante la invitación hay diversas reacciones: muchos no la acogen, otros sí. Finalmente, entre los que acogen la invitación y se presentan al banquete hay alguno que no acude con el “traje de bodas” apropiado (v.12) y, por lo mismo, será rechazado de la participación en el banquete. Llevar “el traje de bodas” es uno de los requisitos para entrar en el banquete de la comunión con Cristo y participar en él:

² El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. ³ Envió sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. ⁴ Envió todavía otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: «Mirad, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto; venid a la boda» (Mt 22,2-4).

c) Tercer requisito: abrazar la cruz y las renunciaciones por amor a Él

El que quiera acoger su llamada para estar con Él y ser su discípulo (Lc 9,23: Εἴ τις θέλει ὀπίσω μου ἔρχεσθαι), tiene que abrazar algunas renunciaciones, comenzando por la renuncia a sí mismo, y tomar su cruz.

²³ Decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9,23).

Cualquiera que quiera seguirlo (Lc 14,26: Εἴ τις ἔρχεται πρὸς με), debe, además, preferir a Jesús por encima de todo: familiares, posesiones, la propia vida, etc. De lo contrario no podrá ser su discípulo:

²⁶ Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío (Lc 14,26).

La renuncia a todo resulta, en algunos casos, una condición imprescindible para quien quiera seguir a Cristo de una manera más plena y perfecta. Así lo indica a aquel joven que se acercó a Él preguntando por el camino para alcanzar la vida eterna (cf. Mt 19,16-22). A este joven le indica que no basta solo con ser una persona buena y cumplir los mandamientos, es preciso que vaya más allá y se desprenda de todo. Tal desprendimiento de los bienes materiales es necesario cuando tales bienes llegan a ser obstáculo para entrar en comunión con Cristo, como era el caso de aquel joven que buscaba la perfección. Solo después de haberse desprendido de todo podrá acoger su invitación: “ven y sígueme” (v.21: δεῦρο ἀκολούθει μοι).

¹⁶ En esto se le acercó uno y le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?» ¹⁷ Él le dijo: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». ¹⁸ «¿Cuáles?» – le dice él. Y Jesús dijo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo». ²⁰ Dícele el joven: «Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?» ²¹ Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme». ²² Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes (Mt 19,16-22).

d) Cuarto requisito: hacer la verdad en la propia vida y vivir con coherencia

En el encuentro de Jesús con la mujer samaritana aparece con fuerza que, para seguir y acoger a Cristo y su mensaje, es necesario hacer la verdad en la propia vida y vivir con coherencia. Esta es la finalidad del encuentro de Cristo con aquella mujer samaritana, a quien Él va en su búsqueda en un momento determinado de su vida, cuando ella se encontraba completamente abandonada y alejada de Dios (cf. Jn 4,5-42). Cristo le ofrece el agua viva, que es Él mismo, para que ya no vuelva a tener sed. Quiere que esa mujer experimente el gran don de su amor y de su presencia en su vida para que no vuelva a buscar la felicidad donde no se encuentra: en los pozos de agua de este mundo que no sacian la sed profunda del corazón. En ese diálogo con ella la va conduciendo poco a poco, con estrategia, a reconocer su situación personal irregular y a reconocer que Él quiere sanarla e invitarla a la comunión de vida con Él. Entonces, para conducirla a reconocer la situación irregular e incoherente en que vive y para ayudarla a salir de ella, le pide que

vaya a buscar a su marido y luego venga a Él (v.16: καὶ ἐλθὲ ἐνθάδε). El relato continúa y describe el cambio radical de vida que Cristo provoca en aquella mujer, convirtiéndola en una fiel discípula suya, que en seguida logra que muchos otros samaritanos de esa ciudad crean en Jesús y lo reconozcan como Mesías (v.39):

⁵ Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. ⁶ Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. ⁷ Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: «Dame de beber». ⁸ Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice a la mujer samaritana: ⁹ «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰ Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.» ¹¹ Le dice la mujer: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¹² ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» ¹³ Jesús le respondió: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; ¹⁴ pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna». ¹⁵ Le dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla». ¹⁶ Él le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá». [...] ³⁹ Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que he hecho» (*Jn* 4,5-16.39).

e) *Quinto requisito: acoger a Cristo con la sencillez de un niño*

Cuando le son presentados a Cristo unos niños para que los bendijera (cf. *Mt* 19,13-15), nos deja una gran enseñanza: debemos acudir a Él con la sencillez y confianza con la que un niño acude a su padre o a su madre. Al ver que sus discípulos intentan impedir que los niños se acerquen a Él, les reprocha esa actitud (v.14: “no les impidáis que vengan a mí” [μὴ κωλύετε τὰ ἐλθεῖν πρὸς με]) y les invita a aprender de esos niños a acudir a Él con plena sencillez y confianza, pues Él siempre acoge a quien acude así.

¹³ Entonces le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. ¹⁴ Mas Jesús les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis porque de los que son como éstos es el Reino de los Cielos». ¹⁵ Y, después de imponerles las manos, se fue de allí (*Mt* 19,13-15).

f) Sexto requisito: confirmar la fidelidad en su seguimiento con el amor

Acoger la invitación de Cristo a seguirlo, no solo implica abrazar muchas renunciaciones y sacrificios, sino requiere también confirmarla en el amor a Él, sobre todo cuando ha habido infidelidades o traiciones, como fue en el caso de Pedro, que negó tres veces de haberlo conocido. Por ello, en una de las apariciones de Jesús a sus discípulos junto al lago, aprovecha para entablar con Pedro un diálogo sanador y reparador de la fidelidad en su seguimiento (cf. *Jn* 21,15-19). Después de interpellarlo por tres veces hasta dónde llega su amor a Él, lo confirma en su misión y lo invita a ser fiel a la misma: «Sígueme» (v.19: Ἀκολούθει μοι).

¹⁵ Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis corderos». ¹⁶Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». ¹⁷ Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». ¹⁸ En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». ¹⁹ Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme» (*Jn* 21,15-19).

Precisamente, en el momento del juicio final uno de los criterios fundamentales para recibir el premio de la vida eterna será el haber vivido plenamente el amor a Dios y al prójimo. Así lo señala Cristo en el discurso del juicio final (cf. *Mt* 25,31-46) invitando a venir a Él y a tomar posesión del Reino a aquellos que practicaron las obras de caridad (v.34: «Venid, benditos de mi Padre» [δεῦτε, οἱ ἐλογημένοι τοῦ πατρὸς μου]):

³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; ³⁶ estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (*Mt* 25,34-36).

5. Peligro en el seguimiento de Cristo: el abandono

El peligro que está siempre al acecho en el seguimiento de Cristo y en la vivencia de la comunión con Él es el del abandono o infidelidad. Cristo previno de ello a sus discípulos durante el discurso de la última cena. Sabía

que en el momento de la prueba, en la “hora” de la pasión, titubearían y terminarían por ser infieles momentáneamente (cf. *Jn* 16,32). El abandono de Cristo por parte de sus discípulos es el movimiento opuesto de “venir” a Cristo: “me dejaréis solo” (v.32: *καὶ ἐ μόνον ἀφήτε*).

³² Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo (*Jn* 16,32).

6. Frutos en el seguimiento de Cristo:

Como fruto representativo del seguimiento de Cristo, Él nos exhorta a acudir a Él (*δεῦτε πρὸς με*) para encontrar descanso y alivio de las cargas y fatigas que implica la vida de cada día (cf. *Mt* 11,25-28). Este fruto está representando todos los dones que Cristo otorga a quien entra en comunión de vida con Él: descanso, alivio, paz, seguridad, vida eterna, el don de sí mismo, etc.

²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso (*Mt* 11,28).

Al concluir nuestro estudio del verbo “venir” y similares (en el texto original griego: *ἔρχομαι* o su equivalente *ἤκω* o *ἀκολουθέω* y dos adverbios con significado equivalente al verbo venir, *δεῦτε* y *δεῦρο*) usado por parte de Cristo en los evangelios, podemos apreciar la riqueza de usos y significados que adquiere en el contexto en el que viene utilizado. Sirviéndose de este verbo, Cristo formula su invitación a su seguimiento, esclarece la finalidad del mismo, asevera la garantía para quien lo sigue, presenta los requisitos o exigencias de su seguimiento y señala algunos de los frutos de quien acoge su invitación a acudir a Él.